

una experiencia sufrida y actuada, o bien una construcción conjetural de mi parte.

Cuando Freud habla de ese tiempo silencioso del fantasma, lo refiere efectivamente al inconsciente, pero en el fondo, no tiene ninguna huella, ningún retorno de lo reprimido. Por pura deducción lógica, Freud construye ese fantasma originario: "un niño es pegado".

Por eso no me pareció para nada obvio que un sueño lo representara explícitamente.

La cuestión se plantea, además, tanto para la operación que permite ese paso al inconsciente como para las implicancias en cuanto al momento de la cura eventual que vendría a marcar.

Planteemos la pregunta de otro modo. ¿Acaso la representación onírica del fantasma indica que lo que éste fijaba de goce haya pasado al inconsciente, es decir que sea sostenido por el significante? ¿Es posible suponer que el modo particular de este sujeto de acceso al goce pase al semblante y se transforme por ese hecho en movilizable, es decir, negociable en términos de castración?

Si se acepta esa hipótesis — por qué rechazarla, por otra parte —, parece que la operación que permite ese paso esclarece esa observación de Lacan de que la interpretación nutre el inconsciente a expensas, diría del registro pulsional, es decir, a expensas de lo que habitualmente prescinde de palabras. Por interpretación entiendo aquí, simplemente, la puesta en función del sujeto supuesto al saber, es decir, el esfuerzo para alojar un saber allí donde sólo el goce sostiene al sujeto.

Queda por determinar en qué momento de esta cura estamos, es decir, la relación de ese sueño con lo que Lacan designa con esa famosa "travesía del fantasma", que, para cada analista, es un poco como la ballena blanca de Moby Dick.

Es innegable que el fantasma mismo ha atravesado la escena e incluso la Otra escena, la del inconsciente. El hecho de que nos haya hecho una pequeña señal a través de la ventana del sueño permite suponer que el sujeto no está lejos de él.

Sigue siendo problemático que este sujeto cruce el umbral. La interpretación que el sujeto da de este sueño, por las negaciones que aloja, permite pensar que no acepta abandonar la representación que terminó por hacer de mí, sino que la demanda nuevamente.

La continuación permitirá posiblemente zanjar la cuestión, todavía no llegamos a ese punto.

1 97

A.D.F. 15F.

1984

Psicopato
CLÍNICO

LA INTERPRETACION DE LA DEMANDA

FOTOCOPIADORA

C.E.Psi

Psicopato J

Folio 368

S/F -

D/F 2

En lo que concierne a la interpretación de la demanda no estoy seguro de que haya que considerar la articulación del deseo con la demanda, su estructura, incluso su fenomenología misma, como algo que fue-se evidente.

Freud disponía para ello de un término: el *Wunsch*. El *Wunsch* existe en francés (y también en castellano): es habitualmente el anhelo o el ansia, pero si le creo al respecto al diccionario, es asirismo, según los usos, tanto el deseo como la demanda.

El *Wunsch* tiene una utilización muy precisa en Freud al inicio de su obra: se relaciona con el sueño, el sueño realiza el *Wunsch*. Lo que la palabra voto o anhelo tiene de hipotético, de condicional, se adecua muy bien, después de todo, al mundo onírico.

Cuando la pequeña Ana Freud, a los diecinueve meses, es puesta a dieta como consecuencia de una indigestión que la niñera atribuye a las fresas, la pequeña Ana, con el vientre vacío, sueña con fresas.

Ven ustedes cuál es el beneficio que ella obtiene de ese sueño. Por un lado, le evita una demanda que ella sabe le será rehusada. Por otro, satisface su deseo de fresas. Haciendo la salvedad de que éstas sólo tienen la consistencia del significante, de la representación, para decirlo tal como lo dice Freud.

Cuidado, estas fresas-significantes pueden tener tanto sabor, o incluso más, que las del jardín. Lo único que les falta es las calorías; ahora bien, Ana en esa época estaba bien alimentada, ninguna necesidad vital estaba allí en juego.

Doble beneficio entonces: Ana no tiene que demandar y su deseo, sin embargo, se ve satisfecho.

Obviamente, esta es una simplificación. Es probable, por ejemplo, que papá Sigmund no haya puesto una prohibición muy grande entre Ana y las fresas, si no, ella podría haber soñado con agaturmas y haber obtenido de ellas igual placer si esa interdicción hubiese exigido un desplazamiento del trabajo del sueño. Igualmente, se podría decir que, sabiendo que su padre tenía curiosidad por los sueños, el deseo inconsciente de Ana encontró el camino del Otro, soñando en voz alta, es decir, formulando de todos modos una demanda.

Toda palabra es una demanda

Para simplificar, se puede decir que la demanda adquiere su consistencia a partir de una palabra dirigida al Otro, mientras que el deseo es pasible de ser situado primero a partir del inconsciente, aun cuando puede producirse, por ejemplo, en el fenómeno de la ensoñación despierta, que se remite, como saben, al fantasma.

Estamos aquí en lo cotidiano de todo ser hablante, no en el análisis, pero quería situar de entrada ese paso por la palabra, necesario para que el Otro adquiere una consistencia, la de un interlocutor, por ejemplo, pues aquí el Otro constituye el pivote entre deseo y demanda. Lo ilustraré con un ejemplo muy común: un hombre corteja — como se decía hace algunos años — a una mujer, le confiesa su pasión. Me concederán ustedes que el deseo — sexual, por ende el deseo por excelencia — está en juego. Puede, ciertamente, decirle que es bella y otras cosas halagadoras, pero llegará un momento en que no podrá evitar demandar algo: por ejemplo, demandaría en matrimonio. Cualquiera sea el caso, todo esto, todas estas variaciones hasta el infinito de la lengua misma, son demandas, sostenidas por significantes. Esos significantes de la demanda no tienen, en esta oportunidad, más que una única significación: el deseo sexual del hombre. Ven que aquí la distinción consciente/inconsciente no es pertinente, pues nuestro suspirante tiene claramente esa significación en mente: incluso no piensa más que en eso. Y puede ciertamente decir sin ambages esa significación en su demanda, las costumbres evolucionan. Puede perfectamente decir que desea hacer el amor, crudamente, y no por ello dejará de ser esta una demanda. ¿Por qué? Porque de todos modos espera una respuesta de aquella a la cual se la dirige.

Tan sólo esa respuesta decidirá, acerca del deseo que su demanda significaba. Se podría decir incluso que esa respuesta enunciará su deseo.

Este apólogo permite situar algunos puntos de referencia:

- el deseo, para adquirir consistencia — consistencia de significantes — no puede evitar tomar prestado el modo de la demanda.

- este circuito mínimo del deseo implica el relevo del Otro, donde la demanda adquiere una significación que equivale al deseo mismo;
- por último, esa respuesta del Otro enuncia el deseo pero bajo la forma del deseo mismo del Otro.

En efecto, lo que responde nuestra interlocutora, para el sujeto que provoca esa respuesta, no será una demanda, sino lisa y llanamente el enunciado de un deseo. Solamente al considerar como un sujeto a esta interlocutora su respuesta sería eventualmente una demanda.

Por eso Lacan pudo decir que en todo deseo hay un deseo de reconocimiento, pero sobre todo que el deseo del sujeto es primero deseo del Otro.

Por eso también el sujeto puede recibir algunas sorpresas. Aun cuando el sujeto de nuestro apólogo sabe su deseo, puede aprender acerca de él. Puede descubrir, por ejemplo, que el acuerdo de su interlocutora no lo entusiasma todo lo que él esperaba; o a la inversa, que un rechazo lo alivia; puede descubrir también que si su demanda es torpe o estaba mal preparada, su deseo quizás no era tan decidido. Dejo a vuestra imaginación otras variantes del caso...

El fantasma como respuesta

Surge finalmente que la respuesta del Otro interpreta la demanda, revelando qué? Revelando que todo deseo, incluso aquel aparentemente más "pensado" por el sujeto, no puede ser agotado totalmente por la demanda, que entraña siempre una x , una incógnita, y que es el Otro quien detenta la solución de esa x .

Con mucha más razón aun, cuando el sujeto nada sabe de su deseo, el valor de esa x evidentemente aumenta de igual modo.

¿Qué quiere decir esto: el sujeto nada sabe de su deseo? Esto quiere decir simplemente que su deseo le displace.

Sin embargo, ese deseo, aunque displacentero, se expresa, sin que precisamente el sujeto lo sepa: el sujeto puede incluso no saber que sus palabras enuncian un deseo. Puede no saber que, hablándole a determinado interlocutor, le demanda algo, porque ese interlocutor por razones que pueden ser extremadamente variables, tiene una relación con ese deseo de la que nada desea saber.

Si por azar, ese interlocutor no responde sino que busca la bestezuela, es decir, interpreta — aun sin hacerlo adrede —, el efecto de su respuesta puede llegar lejos: exactamente hasta provocar angustia en el locutor.

No es este habitualmente el caso o es poco común? ¿Por qué? Porque todos tienen una respuesta ya preparada, a su medida, que lo pone a salvo, que lo protege de una tal interpretación de su deseo venida del Otro.

Esa respuesta ya preparada que permite a todos el ser casi autistas, es el fantasma. En su funcionamiento habitual el fantasma es un sostén del deseo, precisamente porque le permite al sujeto coartar, cortocircuitar esa respuesta intrusiva del Otro. Desde este punto de vista el fantasma es una interpretación — para todo uso — del deseo del Otro que el sujeto se dio de una vez para siempre (fuera del análisis). Interpretación que le permite poner más o menos bien de acuerdo el deseo del Otro con lo que él sitúa como su deseo.

Cuando ese acuerdo se rompe, pues bien eso no anda: el sujeto se ve enfrentado constantemente entonces con respuestas del Otro que no le convienen, empero se percata de que dichas respuestas, por displacenteras que sean, apuntan no obstante al núcleo de su ser. Ellas no son simples accidentes del mundo, lo remiten a una significación que le concierne.

Simplificación de la demanda inconsciente

Cuando un sujeto llegó a este punto puede ir a ver a un psicoanalista. Puede de este modo concebirse a un psicoanalista como proponiéndose para encarnar el lugar en que se encuentra la solución de esa *x* del deseo — es su vertiente sujeto supuesto a saber—. Pero, debido a este hecho, se encuentra en el punto de convergencia de todas las demandas formuladas por el sujeto. Vayamos aun más lejos: debido a que la *x* en cuestión es, debido a la demanda de análisis, una *x* radical, el núcleo mismo del deseo, el más desconocido para el sujeto, la demanda que le concernirá será también la más disfrazada, la más alejada, en apariencia. Hay, en toda palabra, en todo dicho del analizante, una demanda habitualmente inconsciente, dirigida hacia el analista, quien se constituye debido a ello como el referente postrero, último de la palabra del sujeto. Esta es la vertiente *agalma* del analista.

Según una idea aceptada, los analistas no responderían a la demanda. Al igual que toda idea aceptada ésta tiene su valor, el analista no está ahí para cumplir los anhelos, para ceder a todos los caprichos de su analizante. Además, ¡aun cuando lo quisiese no podría! Sin embargo, hay al menos una demanda que ya satisfizo la demanda de análisis. Luego, hay ciertas demandas a las que puede responder: horarios, número de sesiones...

Pero vayamos aun más lejos. Diré que hay una demanda a la que siempre responde: es a la *demandá inconsciente*. Siempre responde a ella, temprano o tarde, vale decir que le da una respuesta. Evidentemente, la respuesta más frecuente es el silencio. Pero es primero un silencio que adquiere todo su peso en tanto que abre para el sujeto todo el campo infinito de respuestas posibles — posibilidad que eventualmen-

te puede dejarlo sin aliento—. Es también un silencio ocupado más que nunca por la presencia, digamos, "del Otro" que todavía no es solución de la *x*, sino anuncio, a veces amenazante, de dicha solución.

Por eso ocurre que el analista responde, es decir da voz, precisamente para evitar que esa presencia se haga demasiado pesada, porque no sería ese aún el momento por ejemplo.

Para concluir, evoquemos muy brevemente el caso de un hombre joven cuya demanda de análisis se resume a lo siguiente: quisiera saber qué es un padre. No es que no haya tenido uno, pero el que tiene nunca le pareció estar a la altura. En el fondo, dondequiera y con quienquiera esté, hombre o mujer, espera que él — o ella — se muestre a la altura y le indique la vía que debe seguir. Sin duda, al hacer esto, acecha la falla más ínfima de ese Otro, para arrojarlo de inmediato a la basura. Sin embargo, no refunfuña ante la tarea: él mismo está dispuesto a afanarse en ella. No retrocede ante la emulación.

Hay ahí un movimiento, una conducta (se podría decir una moción, para aludir al término freudiano de *Regung*) que subyacen a su análisis — es decir, al conjunto de demandas que en él se formulan — y, de modo igualmente radical, a su existencia misma, con una apuesta aún difícil de evaluar pero ciertamente considerable.

Detrás de la búsqueda de un significante ideal, lo que subyace a esta demanda, es la satisfacción — propiamente pulsional — que conduce a este paciente a hacer de ese ideal una férula cuyo castigo reclama incesantemente para todos y todas. Se ve que, más allá de esta demanda idealizante, se perfila la dimensión del fantasma, cuyo modo de expresión está constituido para el neurótico en análisis por la demanda. Esta demanda debe entenderse aquí como inconsciente y, podría decirse, puesta en escena por la transferencia.

Pero se ve también que, para dissociar demanda y fantasma, es necesario hacer surgir una respuesta que interprete la demanda, o más precisamente haga surgir esa *x* del deseo de la que hablaba antes. Por eso Lacan puede decir que la interpretación es el deseo mismo.

Pero para este hombre joven, la *x* última del deseo sólo puede tener como efecto el poner en tela de juicio — cabe decirlo — a ese padre en el que cree. Asimismo, decidir acerca de esta demanda no es algo que puede hacerse sin saber con qué se mete uno, es decir, sin poder evaluar las posibilidades del sujeto de construir un fantasma allí donde se le cortan las ataduras a su demanda.